

CHRISTIAN RAMÍREZ

JEAN-LUC GODARD | 1930-2022:

ABRAZADO y abrasado por la imagen

Genio, loco, adelantado, apasionado, insoportable, inefable... En sus casi 70 años de carrera como crítico, cineasta y artista visual, nunca hubo una sola forma de definir o encasillar su irreductible figura, y menos podrá hacerse a partir de ahora, cuando se integra por fin a esas historia(s) del cine que devoraron su vida, pero que también le dieron vida.



Escena de "El Desprecio", de Jean-Luc Godard, 1963. Con Brigitte Bardot, Jack Palance y Fritz Lang.

había público escuchándole o no.

Los años febriles

"Jean-Luc solía ordenar las sillas de la casa como si fueran bancos de la iglesia, y sentaba a todos los niños para que lo escucháramos hablar. A eso jugaba de chico. Predicar". Así contaba Claude Godard, su hermano menor, académico de la Universidad de Chile, allá por 2010, cuando se apareció sin avisar en el homenaje por los 80 años del cineasta, que organizamos en el Centro de Extensión UC. Fue fascinante ver cómo los ecos de esa anécdota infantil se reflejaban a la perfección en los diversos filmes programados por la muestra, pero además sirve para entender cómo fue que este chiquillo hijo de un médico suizo y una heredera de banqueros franceses, educado en una férrea tradición calvinista (de la que escapó sin cesar), logró encajar tan bien en los reductos cinefílicos surgidos al alero de la Cinemateca



Escena de "Pierrot le Fou", 1965, con Jean-Paul Belmondo y Anna Karina.

Francesa en los años de posguerra. El joven Jean-Luc estaba menos interesado en ver y rever películas que en argumentar sobre estas y quienes las creaban. Tal como su "hermano del alma", François Truffaut —su doble opuesto en tantas cosas: pobre, sin padre conocido, en permanente búsqueda de raíces, dialogante, acogedor—, Godard encontró en la crítica el vehículo perfecto para descargar tanto sus ideas como sus fantasmas, para apuntar con el dedo, ganarse enemigos y tomar partido contra la acomodada generación que los antecedería: "No podemos perdonar que jamás hayan filmado a chicas como las que nos gustan, tipos con los que nos cruzamos todos los

días, padres como los que despreciamos o admiramos, hijos como los que nos sorprenden o nos dejan indiferentes. En fin, no podemos perdonar que no hayan filmado las cosas tal y como son", escribía en abril del 59 a propósito de "Los cuatrocientos golpes", el filme debut de su amigo. Claramente, esos dos y su pandilla estaban llevando agua a su molino, pero era inevitable leerlo y no encontrarle algo de razón. ¿Cuánta? El mismo estaba a punto de averiguarlo al convertirse en incansable cineasta.

Godard, en los años 60, se encontró en una posición única, navegando a mitad de camino entre el cine clásico y las nuevas olas, entre la Europa que unida derrotó al nazismo y una sociedad que divergía sin parar. Así, pudo reunir a Brigitte Bardot y Fritz Lang en una misma película ("El desprecio", 1963), experimentar con el talento de Anna Karina y posar con ella como la "pareja chic del momento" en "Paris-Match", o comenzar la década como anarquista de derecha y terminarla como maoísta en la ultraizquierda. Pero eso es lo que ocurría en la superficie. Bajo esta, sus filmes de esa época consiguieron surfear con asombrosa libertad hasta que el vértigo, el agotamiento y la radicalización desembocaron en mayo del 68 y un envalentonado Jean-Luc, que en su vida había tomado una cámara el solo, trató de ponerla al hombro para ir a las barricadas y todo se descarriló. Durante el resto de su vida, la crítica —en especial la estadounidense— celebró en forma irrestricta este período, que va desde "Le petit soldat" (1961) hasta "Weekend" (1967), como el corazón de su legado, el equivalente fílmico de la era Beatle, el punto de origen del posmodernismo cinematográfico, una etapa de permanente invención y reescritura de las reglas del audiovisual. El aludido, en cambio, se revolcaba atormentado entre el remordimiento y las dudas. Tal como Dylan, Godard cargó por largo tiempo el legado de sus "años prodigiosos": los negó desapareciendo tras diversos proyectos comunitarios, marchando a filmar la guerrilla palestina, abandonando París por Grenoble, y perdiéndose más y más en el intento de encontrarse, de recomenzar.

La otra mitad

Para entonces ya había dejado atrás las polémicas, los amigos, Francia incluso. Se había radicado en Rolle, un pueblito ubicado en el cantón de Vaud, a orillas del lago Génova, junto a Anne-Marie Miéville, colega y silenciosa compañera de aventuras por casi cincuenta años. Era, sin duda, una vida mucho menos glamorosa y agitada que sus años pop, pero liberó en su interior un impulso lírico totalmente ausente en su obra juvenil, el cual topa techo en una de sus películas más bellas y misteriosas, "Je vous salue, Marie" (1985), sobre la inmaculada concepción de una joven que atiende en una estación de servicio, al costado de la carretera. Condenada por el Vaticano y prohibida por la censura en diversos países (aquí también), el filme evita cualquier polémica con la ortodoxia católica para concentrarse en algo nuevo: la conexión entre cuerpo y naturaleza. Vitalidad, fertilidad y preludio de una nueva etapa donde su propia figura aparece integrada, devorada, convertida en historia del cine. Es esta versión de Godard, refugiado en su estudio,

Tal como Dylan, Godard cargó por largo tiempo el legado de sus "años prodigiosos": los negó.

atrapado por un mar de imágenes y recuerdos —un poco a la manera del "Filósofo meditando", de Rembrandt—, la que emerge mientras modela sus "Histoire(s) du Cinéma (1988-1998)" y multitud de cortometrajes tardíos que más que películas semejan poemas visuales y sonoros, la obra de un artista que acabó por concebir el cine como un arte manual. En eso lo sorprendió el cambio de siglo, la muerte del 35 mm, el ascenso del digital, los superhéroes, el streaming. ¿Qué podía decir sobre todo ello, él, que a estas alturas se sentía más a gusto en el mundo de los muertos que en el de los vivos? Una posible respuesta está al final de "Le livre d'images", su última cinta (aunque hay rumores de otras dos). Allí, mientras evoca su propia muerte insertando una frenética secuencia de "Le plaisir" (1951), de Max Ophüls, la cansada voz de J-LG se deja llevar por el arrebato: "Aunque no salió como lo esperábamos, nuestras esperanzas no han cambiado. Las esperanzas, como las utopías, son necesarias. Las esperanzas fracasarán muchas veces, ahogadas por el enemigo. Renacerán siempre y habrá muchas más esperanzas que hoy, se extenderán por los continentes. Las ganas de contradicción y resistencia serán las mismas. Al igual que el pasado, las esperanzas serán inmutables, y tal como cuando éramos jóvenes, alimentarán una ardiente esperanza de preguntar. Aunque nada salió como lo esperábamos...".

MAUREEN LENNON ZANINOVIC

El 2 de octubre de 1814, Mariano Osorio —quien llega desde Perú con el cargo de reconquistar la Capitanía General de Chile— ataca a las fuerzas patriotas atrincheradas en la plaza de Rancagua, desde sus cuatro accesos. Luego de muchas horas de resistencia a la espera de refuerzos que no pueden cruzar el cerco español, las tropas patriotas deciden escapar y atravesar la línea enemiga, provocando un gran número de bajas.

"En el colegio nos enseñaban que la batalla de Rancagua había sido un hecho de armas del cual había que enorgullirse, pues en ella combatieron con heroísmo más de 1.000 chilenos, pero la verdad es que fue una masacre", señala a "Artes y Letras" Enrique Inda, arquitecto, primer vicepresidente de la Fundación Pablo Neruda, miembro de los directorios del Centro Cultural Estación Mapocho y de la Sociedad de Bibliófilos Chilenos, y autor de "La derrota de Rancagua", que acaba de publicar bajo la editorial Planeta.

En 2019, este profesional sorprendió con una nueva faceta, a raíz de la publicación de su primera obra, "O'Higgins. Una novela": volumen inicial que abarca la biografía del prócer desde su nacimiento, en 1778, hasta 1813, cuando ya como jefe del Ejército debe organizar la defensa de la patria y entenderse con José Miguel Carrera. Hace un año reapareció con la segunda parte de su novela sobre el libertador, bajo Ediciones B, y ahora "decidí dejar de lado la ficción y centrarme en la historia más pura", dice. Inda agrega que de todos los combates de la Independencia, "esta fue la batalla que más me atrajo. Soy antibélico total, pero me llamó la atención que en el colegio se resaltaba lo heroico, aunque los testimonios que fui encontrando son impactantes. Hay un sacerdote que vio el conflicto y relata las muertes. Murieron del orden de 600 personas, lo que es mucho. A partir de Diego Barros Arana, uno de los mayores historiadores del siglo XIX, me di cuenta de que había que mirarla como una derrota

NUEVA PUBLICACIÓN | A 208 años del conflicto:

Enrique Inda devela la cruenta batalla de Rancagua

El arquitecto y miembro de los directorios de la Fundación Neruda y del Centro Cultural Estación Mapocho publica "La derrota de Rancagua".



Enrique Inda comenta que los oficiales realistas "eran duchos en la guerra".

muy trágica. Es la batalla más sangrienta de aquellos años. Todas las demás fueron escaramuzas, pequeñas ofensivas chicas. Violaron, además, a muchas mujeres patriotas. ¡Un horror!".

El autor comenta que puso especial atención en las relaciones entre Bernardo O'Higgins y los hermanos Carrera, y en los papeles que desempeñaron hasta la culminación de la Patria Vieja y el inicio de la Reconquista española, además del contexto previo al combate. "Este era un país muy conservador, mayoritariamente monárquico. Los patriotas eran una minoría y lo que hicieron está lleno de errores. Tras leer todo lo que se ha escrito sobre este enfrentamiento, también logré armar una muy buena bibliografía que la coloqué al final del libro", apunta. Enrique Inda continúa con su relato y afirma que los carrerinos prácticamente no hablan de la batalla de Rancagua. "Casi no existe para ellos. Incluso el propio José Miguel Carrera la menciona como a la pasada. Lo más valioso se me apareció cuando revisé el archivo de Carrera. Al leer todo el período previo a este combate se aprecia una lucha por el poder entre O'Higgins y Carrera feroz. Se intercambian cartas y se mienten. José Miguel le promete ver a sus tropas, ver cómo están vestidas o armadas, pero no fue. Uno descubre que Carrera estaba más preocupado de que no lo atacaran a él. O'Higgins, en cambio, quería reemplazar la dictadura de

José Miguel y que los gobernantes fueran elegidos de manera más democrática y no con la pistola al cinto".

Enrique Inda relata que "O'Higgins se enfrentó a una realidad: las fuerzas realistas eran absolutamente superiores a las patriotas y José Miguel no participó. La gente quiere tener próceres, quiere tener figuras emblemáticas, una especie de ídolos intachables, pero no fue así. El hecho de que soy una persona independiente, ni o'higginsista ni carrerina, me ayudó a armar este puzzle de intrigas".

Descalificaciones y desavenencias

El primer vicepresidente de la Fundación Pablo Neruda explica que José Miguel se preocupó primero de desarmar a O'Higgins, de quitarle oficiales y armamentos. "Eso hizo que Bernardo, que era más ingenioso, apoyara al ejército que se estaba formando en la capital y cuando se discute el lugar de defensa todos concordaron en que había que hacerlo en la línea del lago Cachapoal, que es previa a Rancagua, e impedir que los realistas avanzaran. Uno de los vados para proteger correspondía a Juan José Carrera con sus tropas, pero no llegó. Está documentado que Juan José se acercó a



LA DERROTA DE RANCAGUA
Enrique Inda
Editorial Planeta
188 páginas,
\$15.900
Historia

de manera presencial en la batalla misma sufrieron ataques y fueron enviados a una de las islas de Juan Fernández. Hubo familias enteras que enfilaron rumbo a la cordillera para unirse en caravana a quienes emigraban a Mendoza y así poder escapar de las inevitables represalias. Entre esas familias iban la de los Carrera y la de O'Higgins", cierra.